JAPONERIAS

I

El Arte

La actualidad, por muchos conceptos lamentable, que ahora tiene todo lo relativo al Japón, ha traído á mi memoria el recuerdo de la primera y única vez en que pude hacerme cargo, directa y personalmente, de obras de arte japonesas, superiores á las que la industria multiplica y ha esparcido ya por todo el mundo civilizado, hasta vulgarizarlas.

Fué en Mayo de 1890. Hallábame yo en París haciendo estudios de historia y de pedagogía práctica, que iba entreverando, en lo posible, con visitas á los museos y exposiciones. En el bulevar Saint-Miche (como dicen los estudiantes), vi cierto día un hermoso cartel que anunciaba la exposición de pinturas y esculturas japonesas, abierta en la planta baja y piso primero de la Escuela de Bellas Artes, *quai Malaquais*. Allá me fuí, entre dos clases de la Sorbona, ansioso de contemplar algo de aquel arte que los Goncourt amaron y difundieron tanto.

La exposición era, en cierto modo, retrospectiva, pues figuraban en ella obras del gran Komuyoshi ó Kunivoshi, pintadas en 1825. En materia de pintura, y exceptuando la de abanicos (auténticos), lacas y algún kakimono (auténtico también), yo no conocía entonces más que varios dibujos de los alumnos de la Escuela técnica de Tokyo (una de las mejor organizadas del mundo), que habían figurado en la Exposición Universal de 1889 y luego fueron regalados al Museo Pedagógico de Madrid. Mi asombro fué grande al entrar en la primera sala de la Escuela de Bellas Artes. Por primera vez vi el arte del Japón en sus manifestaciones más altas.

La impresión de conjunto era que la especialidad de los pintores japoneses consiste en la representación de figuras y escenas animales. Relativamente, había—á lo menos entre las obras que me llamaron la atención, aunque es preciso no olvidar que ni soy, ni me tengo por más que un aficionado—pocas figuras humanas. Entre éstas, vi algunas *bagneuses* ó mujeres que hacían su tocador, en las cuales noté la singularidad—muy *singular* en París, y muy chocante después de haber recorrido las secciones del Salón del Campo de Marte y del instalado en los Campos Elíseos—de no estar ninguna de ellas completamente desnuda. La expresión de estas pinturas era grande y apropiada. La vida, en ellas, estaba sentida.

Del citado Komuyoshi (1) había varios paisajitos deliciosos, y algunos grupos de flores, procedentes de la colección Bing. Un águila de gran tamaño, pintada por Hakou-ouin, maravillaba por

(1) Uso la ortografía de los nombres tal y como la copie de los rótulos de los cuadros expuestos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

su realismo, por la minuciosidad de los detalles, por la sinceridad expresiva de la actitud. Sósen (otro pintor notable, como los anteriores) exponía más figuras de animales, entre ellas muchas de monos. Las escenas cómicas en que estaba aprovechada la fauna, eran muy numerosas, y en todas ellas se traslucía un humorismo análogo al de muchos dibujantes alemanes modernos, junto con una fidelidad extremada en la caracterización de los tipos. Las ranas juegan papel principal en estas escenas, amorosas, dramáticas, de todo género. Cierto pintor, cuyo nombre no recuerdo (quizá el mismo Sósen), había tenido el capricho de figurar el nacimiento de un ratón y la tierna ceremonia de presentar el reciennacido á su padre. Era imposible ver aquello sin soltar la carcajada.

Un poco más allá, cuadros de insectos (verbigracia, algunas mariposas, verdaderamente espléndidas) promovían la admiración por la finura y la exactitud del colorido y del dibujo. Parecían ejemplares vivos.

Los «modelos para cinceladores» producían el efecto singular de traer á la memoria tipos del Renacimiento. Había, sobre todo, un grupo de tres figuras alrededor de un vaso y de un caballo, que, de no estar allí, hubieran podido tomarse, á primera vista, por obras de un europeo. Los dibujos para los laquistas y grabadores me detuvieron largo rato, así como los grabados, de una finura y de una armonía de colorido verdaderamente asombrosas.

Más adelante, vi marinas, escenas de lluvia, otras referentes á la vida de un personaje religioso, con la aparición de una diosa ó virgen cuyo nombre me guardé muy bien de averiguar, recordando que las diez divinidades japonesas que presiden los fenómenos de la atmósfera, la tierra, las aguas y el otoño, se llaman *Oho-koto-oshi-wono kami*, una; *Iha tsout-chi-biko-nokami*, otra; *Iha-dzon-bimé-no-kami*, la tercera; *et-sic de cœteris*.

Algunas de las figuras recordaban las de los prerrafaelistas. Un niño colgado del pecho de su madre, me pasmó por su naturalidad. En estatuas, abundaban los Budas. Un tigre, sobre el cual iba montado un dios, emulaba los realismos pictóricos de Hakou-ouin...

Sin duda, en todo ello domina la imitación: imitación del natural, trasladando hasta los menores detalles de las cosas; imitación de tipos extraños, reproduciéndoles tan fielmente, que se confunden con los originales. ¿Quiere esto decir, como se ha dicho repetidamente en estos mismos días, que el Japón sea un pueblo sin substancia propia, sin idealidad, sin inventiva, que agota toda la virtualidad de su cerebro copiando lo que ve hacer á otros ó *fotografiando* la realidad? Creo que la acusación no es justa. Antes de que Tarde hiciera de la imitación una ley social, sabíamos por la historia que las civilizaciones al parecer más originales ó que más huella han dejado en el mundo, estuvieron nutridas con infinidad de elementos ajenos, perpetuados por la imitación. Generalmente por ahí empezaron todos los grandes pueblos cuya evolución, ya cerrada, permite formular juicios. Grecia lo hizo con Oriente; Roma con Grecia. La cuestión está en que el imitador tenga personalidad bastante para construir sobre el cimiento imitativo una vida propia, que sobrepuje la del modelo ó lleve dirección nueva; y no debemos olvidar que el europeísmo del Japón es de ayer de mañana.

Además, conocemos todavía muy poco de su

historia, de muchos aspectos de su civilización. Su literatura legendaria (á juzgar por algunas muestras que han difundido en Europa, entre el gran público, no especialista, los traductores ingleses y franceses) revela una fantasía extraordinaria y contiene elementos poéticos sumamente estimables.

Pero... *¿Riz oú pruneaux?* como le preguntaron á Tartarin en Rigi Kulm; es decir, ¿el Japón ó Rusia? ¿Quién prefiere usted que venza?

Lo que yo prefiero es la paz. Ni el Japón ni Rusia han ido á la guerra por motivos ideales, generosos, por defender un derecho digno de defensa ni combatir una injusticia. Son dos egoísmos que chocan. Lo mejor para la humanidad sería que no hubiesen chocado. La guerra traerá males, como siempre. Si algún bien indirecto produce, será tan remoto, que ni podemos predecirlo ni consolarnos con él de los horrores presentes. Lo verdaderamente deplorable es que naciones como el Japón, cuya aptitud para la cultura pasma aun á los europeos más adelantados en materias educativas; que agrupaciones de pueblos como las que forman el imperio ruso, tan penetradas de generosos ideales, de corrientes poderosas de alta vida intelectual, destrocen su porvenir, quebranten su concurso á la gran obra humana del progreso, en aras del imperialismo.

¿Retrocede la humanidad? Razón hay para sospecharlo. Junto á esos ejemplos, pónganse el de la federación norteamericana y el de la Inglaterra de Chamberlain.

II

Un cuento chino y un libro anglo-japonés

Instintivamente, mis ojos se dirigen á un punto dado de la biblioteca. Miro. Entre un drama de Hauptmann y la traducción del *Fausto*, por Sabatier, asoma la cintita azul de seda con que van atadas las *hojas* de un volumen que he manejado muchas veces, la mayor parte de ellas sin leerlo.

Veréis por qué.

El libro no se parece en nada á los libros europeos. Es apaisado. Está impreso, pero no en papel más ó menos lujoso, sino en tela granulosa y fuerte, de un simpático color agarbanzado. La portada exterior es una hermosa pintura japonesa. El título, recuadrado de rojo, dice así, en inglés, *The rat's plaint*, ó en castellano, *La querella del ratón*. El editor se llama T. Hasegawa; y por si ustedes quieren escribirle, les diré que vive en la calle (ó lo que sea) Siyoshicho, número 10, Tokyo, Japón.

Se trata de un cuento popular chino, que quizá se remonta al siglo XI, y cuya traducción al inglés ha hecho el señor Archibald Little, F. R. G. S. Pero con ser muy entretenido y curioso el cuento, no constituye el mayor interés del libro, y

por eso no es éste una publicación inglesa editada en el Japón. El interés principal de *La querella del ratón* estriba en sus ilustraciones, obra de artistas japoneses; y he aquí explicado por qué, muy á menudo, yo hojeo ese libro sin leerlo.

Las pinturas de *The rat's plaint* son anónimas; á lo menos, yo no he sabido descubrir la firma del autor, quizá escondida en algún adorno, en alguna mancha de colorido y para mí completamente indescifrable. Pero no hay duda que estamos frente á la obra de un artista verdadero. El asunto es de los que más se prestan á que un pintor japonés luzca su habilidad, su talento, su exquisita intuición de la armonía de los colores. Se combinan, en la ilustración de *The rat's plaint*, dos motivos predilectos para aquellos artistas: el paisaje y la representación de animales. La portada que sigue al prefacio del traductor, es una marina deliciosa, de una sencillez, de una sobriedad, de un encanto extraordinarios. A primera vista, parece insignificante, por su tonalidad apagada, su falta de contrastes enérgicos; pero bien pronto se nos imponen su realismo ingenuo, la dulce poesía de su color, los mil detalles de vida que el artista ha distribuído con segura mano. A continuación de este cuadro, viene otro: el almenado de una muralla, tras de la cual yerguen sus remates caprichosos, puntiagudos, algunos palacios ó casas de por allá. Y en seguida, empieza la historia del ratón. Hela aquí:

El protagonista—que no tiene nombre, pues sin duda el autor, al revés del que escribiera la *Batrachomiomaquia*, ha querido que permanezca anónimo—acaba de morir á manos de un gato. La cosa es singular: un héroe de poema (el cuento está escrito en verso) que comienza sus aventuras

después de haber dejado esta vida. Llegado ante el tribunal de Plutón—rey de los infiernos—, el protagonista expone su queja contra el gato, razonándola concienzudamente y reforzándola (al igual de muchos hombres, que no fían bastante en sus propios hechos) con la historia de su linaje y la enumeración de sus amigos. Describe en seguida la cruel persecución de que los suyos son víctimas por parte de Marramaquiz (el nombre no consta en el poema) y las continuas, mortales angustias que á consecuencia de esto sufren; y pone en su discurso tal calor y elocuencia, que Plutón se decide á examinar el caso y manda á sus policías que arresten al gato y lo traigan á su real presencia. A fuer de tales, los policías vagan largo tiempo de aquí para allá buscando al acusado; pero al fin, lo encuentran, y atado convenientemente lo conducen ante el Tribunal. Por no ser menos que los delincuentes humanos, el felino ruega á sus aprehensores que lo suelten, y acompaña sus ruegos con abundantes lágrimas; pero los subalternos de Plutón, más sinceros que los del señor Sánchez Guerra cuando reparten garrotazos en la vía pública, en vez de escudarse tras de las órdenes recibidas y el «inflexible cumplimiento del deber», alegan como razón formidable é íntima de su rigor, lo mucho que se han aburrido y cansado buscando al gato de marras por todas partes.

Pero el gato es ladino. Para abogado no tiene precio. Se defiende de una manera habilísima, comenzando, como el ratón, por hablar de su ascendencia y parentela: tigres, leones *et ejusdem furfuris*. Fundamenta su enemiga respecto de la grey ratonil en una orden recibida, en tiempos muy antiguos, á consecuencia de los terribles es-

tragos que los ratones causaban en la capital del reino. E inmediatamente, preludiando prácticas parlamentarias muy de nuestros tiempos, se convierte en acusador de la ratonería andante, para probar aquello de que «más eres tú». Ninguna cosa hay que respeten los ratones: lo mismo roen, sacrílegamente, la estatua de Buda, que los libros de las escuelas primarias, ó las galas, pomadas y afeites de las señoras. Ellos han sido la causa de que se suicide una pobre esclava, acusada de desperfectos en el tocador de su ama, de los cuales los ratones eran los verdaderos responsables; por ellos fué apaleado un gato, á quien el amo acusó también injustamente, hasta arrastrarle, como á la esclava, al suicidio... Los cargos que Marramaquiz acumula son tremendos, abrumadores; su elocuencia convence á Plutón, y éste le liberta, condenando al querellante.

Figuraos, ahora, el partido que un pintor japonés sacará de todo este relato, en que sale á relucir media fauna, y cuyos episodios, variadísimos, se prestan á tantos estudios de expresión, á tantas combinaciones de color. La escena en que la esclava se presenta ante sus señores, le da motivo para una página brillante que, á no verla, parecería inverosímil. La dama viste traje purpúreo, con adornos azules y dorados; el marido, túnica azul; la esclava luce prendas verdes y de color de rosa. Sobre una mesa de madera obscura, un jarrón amarillo sustenta flores de matices delicados. Y nada desentona, nada es chillón; todo se funde en una sabia armonía. Lo mismo ocurre con las pinturas en que se representa el Tribunal: los rojos, los azules, los morados, los amarillos, se codean sin perjudicarse, dando un conjunto agradable; y tras ellos, el fondo desarrolla, con

tonalidades de una suavidad, de una delicadeza sorprendente, un trozo de campiña, un pedazo de cielo dulcemente iluminado...

¿No es preferible ver esto, á leer las noticias de la guerra?